

AYESTARAN: descubridor de una cultura analfabeta

CUANDO se reúna toda la obra de Lauro Ayestarán, tanto los libros editados como los aún inéditos, tanto las elaboraciones críticas como los archivos y series documentales recogidos y ordenados por él, y cuando se considere esa totalidad desde la perspectiva de los 53 años que tenía al morir, se medirá la magnitud de la pérdida que ha padecido la cultura uruguaya. Paciente y silenciosamente Lauro Ayestarán había tomado a su cargo una empresa que en todas partes ha estado en manos de una generación de estudiosos. Más grave pérdida porque habiéndose encarado Ayestarán con un campo de investigación casi virgen en el país, y habiendo debido comentar, por probidad intelectual, con una previa, dura y oscura tarea de recolección de materiales, ubicación de fuentes, hallazgo de piezas, aclaración de errores, etc., gran parte de su tiempo había sido consagrado a la magna empresa de la acumulación erudita y era en estos momentos, desde una perspectiva madura y más amplia, que se disponía a encarar un análisis intelectual que le permitiera interpretar ese conjunto de materiales dentro del marco de la cultura hispano-americana. Si todavía se agrega que esta enorme obra se hizo luchando con dificultades económicas, distrayendo tiempo y energías en actividades laterales como su trabajo en el SODRE para el cual no estaba dotado, se completará la visión de su personalidad con esta difícil consagración a una vocación temprana y lúcida.

Si bien el centro de la tarea de Ayestarán estuvo en la musicología —sobre cuyas aportaciones otros podrán hablar con mayor autoridad— no fue el suyo un caso de especialización cerrada, mecánica, que aísla su breve campo del total de la cultura. Al contrario, llegó a la musicología partiendo de sus entusiasmos juveniles por la música y por la poesía de las que fue originariamente aplicado ejercitante, y encontró la zona de su investigación en aquella a la que concurrió su depurado, fecundo nacionalismo. El encuentro con su patria, como presente vivo de un pasado histórico-cultural, fue quizás el elemento desencadenante de su vocación de estudioso. Quien fuera al comienzo crítico de música —en *El Bien Público*, en *MARCHA* más de una vez—, quien fuera tímido poeta —el soneto "Adán" que Casal legara a incluirle en su inefable antología— encuentra su vocación definitiva cuando descubre que en su país, entre los seres más sencillos y analfabetos, vive y sigue funcionando una vena de cultura tradicional.

Lo sabían y habían descubierto los europeos, ya por obra de los nacionalistas musicales, de Pedrell a Zoltan Kodaly, ya por obra de los cosechadores de poemas populares que, herederos de los románticos, sistematizaban sus intuiciones geniales en vastos repertorios que van de los de Rodríguez Marín a los de Carrizo o Ismael Moya en la Argentina. Pero el Uruguay no lo sabía, se limitaba a afirmar que carecía de folklore y por ende de tradiciones populares vivas, acrecentando esa imagen de país europeo, puro hijo de la cabeza civilizadora del viejo continente, y no de su carne tradicional como lo es también.

En ese sentido la obra de Ayestarán —tanto en *La música en el Uruguay* como en *La primitiva poesía gauchesca*— es una esforzada tarea

de reafirmación nacionalista destinada a dotar a la sociedad uruguaya de un arraigamiento en una historia que se quiere viva y no meramente inscrita en libros muertos, y al mismo tiempo una reafirmación popular al dignificar y conferir status artístico a la producción musical y literaria que pervive en las capas rurales o que ellas en algún momento de su historia desarrollaron y encendieron. De mí sé decir que mi primer contacto con su obra fue un artículo publicado en el primer número de *Escritura*, hace ya veinte años, sobre "Temas bíblicos en el folklore musical uruguayo", donde con alegría y sorpresa descubrí un rico poema calderoniano en un estilo popular. ("Cuando la ciencia nació / nacieron los elementos, / nacieron todos los vientos / y ya era nacido yo...").

En estos días, en que acompañamos al compatriota muerto con el pensamiento y la rumia del recuerdo, he estado pensando en la vocación de Ayestarán, tan insólita en nuestro país, tan sin continuador visible también, y he pensado que quizás deba buscarse su causa en su orientación espiritual. Ayestarán era fundamentalmente un cristiano, condición cuyas mejores virtudes él ilustró. Un cristiano que correspondía a este movimiento renovador del catolicismo que hoy está triunfante pero que fue por largos años despreciado o perseguido. Él, como sus entrañables amigos, Esther de Cáceres o Antonio Praderio, pertenecieron a ese movimiento que en los años treinta recibió la influencia magisterial del maritainismo, los lectores de *Esprit* o de *Cruz y raya*. Ese movimiento cuya expresión política fue el decidido apoyo a la República española dentro de la valiente línea de los curas vascos y que en una de sus vertientes culturales trajo la dignificación de la tradición. De los años juveniles de Ayestarán fueron los ensayos de Bergamín y de Salinas donde se afirmaba con fuerza la existencia de una "tradición" y una "cultura" analfabetas, cuyos valores pervivientes se oponían a los órdenes puramente modernos y civilizadores que tanto negaban el pasado como negaban la invención popular auténtica. Creo que en esa línea se inserta la búsqueda de Ayestarán, ese camino que no pudo recorrer hasta el fin, y que su obra es la larga demostración de aquella tesis inicial.

Había llegado a amar su tarea y mostraba últimamente una fijación insistente en el detallismo y la pesquisa segura de los datos y las informaciones. Estaba inmerso en la complejidad de su investigación, dominaba al fin las condiciones de la tarea y aún se había propuesto la ampliación del campo de trabajo a una órbita latinoamericana e hispana. Junto con su esposa, Flor de María Rodríguez, había iniciado una serie nueva de estudios referidos a temas de danza; tenía terminadas algunas recopilaciones de cancioneros populares y había ampliado las anteriores; desde su situación como profesor de "tiempo completo" en la Facultad de Humanidades parecía abrirse para él un período calmo de grandes construcciones. Es difícil evitar la muletilla periodística que dice exactamente la verdad: su muerte es una pérdida irreparable porque por el momento no se ve quien pueda reemplazarlo con tal alta masa de saber, y por ello, sin ninguna exageración, la cultura nacional está de duelo.